

EL PAPEL DE LA VIOLENCIA EN LA HISTORIA

¿Qué lugar deberían ocupar las intervenciones militares occidentales de la pasada década en el contexto de la epopeya milenaria de la civilización humana? Es probable que el tema en sí mismo, en todo su esplendor antediluviano, traiga a la mente algunas de las conferencias sobre la virtud cívica y el destino de Occidente pronunciadas en Harvard o en el Instituto Hoover. Pero la obra de Azar Gat *War in Human Civilization* tiene poco en común con estos homenajes a las repúblicas ejemplares y a las gestas y castas militares convertidos en éxitos superventas¹. En lugar de dedicarse al comentario de unas cuantas batallas famosas, Gat –especialista en Estudios sobre Seguridad de la Universidad de Tel Aviv y comandante en la reserva de las FDI– se ha propuesto desarrollar nada menos que una investigación sobre la historia de la violencia organizada considerada en su conjunto, desde los orígenes cazadores-recolectores de la humanidad hasta los actuales aprietos de seguridad de las democracias liberales. *War in Human Civilization* intenta resolver cuestiones que han permanecido durante largo tiempo en el centro de las controversias de la antropología y de la sociología histórica. ¿Qué es la guerra? ¿Han sido los conflictos armados endémicos de todas las formas conocidas de sociedad humana? ¿Tuvo lugar algún tipo de enfrentamiento violento entre los grupos de cazadores-recolectores prehistóricos, comenzaron con el despertar de la agricultura, o florecieron únicamente tras el establecimiento de los primeros Estados? ¿Qué papel ha desempeñado la guerra en el contexto de las diferentes formas de sociedad, desde las primeras ciudades-Estado hasta el momento actual?

Una obra capaz de responder con éxito a cualquiera de estas cuestiones podría ser considerada como un hito en el campo de los estudios académicos. Gat ha llevado a cabo un intento heroico por enfrentarse a todas ellas a la luz de una epopeya evolutiva que comienza con nuestros ancestros homínidos y termina con unas pocas y modestas sugerencias so-

¹ Azar Gat, *War in Human Civilization*, Oxford, 2007. Tomo prestado de Frederick Engels el título de su ardiente respuesta a la posición de los tecnócratas militares de la unificación de Alemania. Véase Engels, «The Role of Force in History» [1887-1888], *Marx Engels Collected Works*, vol. 26, pp. 453-510.

bre el modo en que Occidente debería responder a la amenaza del terrorismo. El estado de naturaleza cazador-recolector, el asentamiento de los primeros poblados, el surgimiento de la agricultura, el establecimiento de los primeros Estados, las fronteras bárbaras, la expansión del imperio, el milagro europeo de comienzos de la época moderna, la transición al capitalismo, todo ello culminado en una monumental elucidación del alzamiento y declive de la guerra a escala masiva en Occidente: los episodios de esta crónica de la civilización poseen un peso de actualidad específico, independiente de la teoría bajo la cual pretende subsumírseles. Sean cuales sean las limitaciones de esta última, la obra hace gala de una erudición histórica que resulta complacientemente pasada de moda y que, según cabe esperar, impulsará a todos aquellos que defienden otro tipo de concepciones sobre el desarrollo humano a considerar la posibilidad de realizar empresas de un alcance comparable.

Desde la perspectiva de Gat, esta secuencia macrohistórica tomada en su conjunto debe leerse como una expresión sin fin de nuestra inexorable propensión biológica a sobrevivir y a expandirnos. Lo que él perfila es un panorama del proceso civilizatorio en la línea de la tradición del evolucionismo social del siglo XIX. Mientras que los grandes relatos de esta clase han desaparecido, en su mayor parte, de la corriente de pensamiento dominante (¿cuántas personas han leído a día de hoy una sola página de Herbert Spencer, Ludwig Gumplowicz o Karl Kautsky?), la empresa de Gat debe interpretarse a la luz de un proyecto mucho más amplio que se propone restaurar la que un día llegó a ser una escuela enormemente influyente. La sociobiología está experimentando actualmente una reminiscencia de la supremacía de la que gozó en sus días de gloria de la *belle époque*. Mientras que el esencialismo biológico en su versión abiertamente racista cuenta con menos adeptos que hace un siglo, los avances que se están produciendo en el terreno de la genética humana parecen destinados a hacer proliferar una forma de darwinismo neosocial más adaptado a los valores contemporáneos, y con buenas perspectivas de convertirse, una vez más, en la ideología dominante.

Esta capacidad de adaptación de la teoría evolucionista a las condiciones imperantes se ha puesto de manifiesto por sí sola en medio de la mudable significación de la propia Historia. La primera generación de evolucionistas sociales surgió en una Europa sofocada por el historicismo; en el contexto ideológico actual, el problema del cambio a largo plazo puede ser manejado con mayor desenfado, dejando al margen las inquietudes pasadas de moda relativas a la especificidad de cada tiempo y de cada pueblo. Como consecuencia de ello, muchas tentativas recientes de proporcionar una elucidación en clave evolucionista del sentido de la Historia, en los términos del juego recíproco del desarrollo de las propensiones de conflicto y cooperación, carecen del alcance característico y de la eventual profundidad de los clásicos pertenecientes a esta tradición. La erudición virtuosa y el alcance intelectual de los primeros trabajos sobre la historia del pensamiento militar de Gat, no obstante, aparentemente des-

pertarían la esperanza de que sus últimas contribuciones serían capaces de cambiar este estado de cosas de una vez por todas. A lo largo de tres libros (1989, 1992, 1998), reeditados en un único volumen titulado *A History of Military Thought. From the Enlightenment to the Cold War*, Gat realizó un formidable trabajo de historia intelectual que ha alcanzado un gran reconocimiento por méritos propios y que constituye una sorprendente anticipación de *War in Human Civilization*. Esta obra logra retratar con eficacia los episodios de tres siglos de literatura sobre asuntos militares, siguiendo el hilo de un relato sobre el surgimiento y el declive de la hegemonía clausewitziana y de la formulación subsiguiente de la doctrina de la contención².

Teorías de combate

El primer volumen de la serie –resultado de su tesis doctoral sobre Michael Howard y publicado cuando Gat no sobrepasaba todavía la veintena– pretendía «dilucidar una teoría general de la guerra» desde Maquiavelo hasta Clausewitz³. Gat sostenía que la teoría militar clásica, reavivada durante el Renacimiento, se concentró en un primer momento casi exclusivamente en las glorias del pasado: la crónica de Jenofonte sobre la formación de combate de la falange espartana; la disertación de Polibio acerca de la legión romana. A juicio de Gat, el espíritu clásico de los inicios de la modernidad era totalmente ajeno a las circunstancias históricas en las que se enmarcaba la guerra. Comparte con Clausewitz el rechazo de la perspectiva supuestamente «ahistórica» de Maquiavelo y su incapacidad a la hora de valorar el impacto de las armas de fuego: «El arte de la guerra de los antiguos suscitaba en él demasiada atracción, no sólo en lo relativo a su espíritu, sino asimismo en todas y cada una de sus expresiones»⁴. La Ilustración convirtió el entusiasmo por la precisión mecánica en ideal de excelencia marcial: la cartografía y la estadística lograrían que las maniobras de artillería e infantería se pusiesen de acuerdo con los principios de la geometría. Las clamorosas victorias del ejército prusiano bajo el mando de Federico el Grande durante la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748) produjeron una avalancha de literatura técnica de esta clase.

Es Clausewitz –figura central del primer volumen– quien recibe el honor de haber formulado la crítica más radical de esta perspectiva ahistórica, escribiendo bajo los auspicios de la derrota prusiana y de su propia captura y encarcelamiento a manos de los franceses en 1806. Desde 1792, las desesperadas movilizaciones defensivas de la Revolución habían puesto del revés los libros de texto del Antiguo Régimen, al tiempo que las gran-

² A. Gat, *History of Military Thought. From the Enlightenment to the Cold War*, Oxford, 2001.

³ A. Gat, *The Origins of Military Thought: From the Enlightenment to Clausewitz*, Oxford, 1989.

⁴ Carta a Fichte, 2 de enero de 1809, citado en A. Gat, *History of Military Thought. From the Enlightenment to the Cold War*, cit., p. 8.

des *levées* [conscriptciones] de la época del Terror crearon enormes ejércitos provisionales que se vieron forzados a improvisar nuevas líneas de formación, nuevas secuencias de tiro y nuevas velocidades de maniobra. Las juntas de generales de Termidor y los ciudadanos influyentes se apropiarian de los primeros triunfos de la improvisación popular, mientras que las campañas del Emperador se convertirían en el tema de una literatura que rondó la planificación militar europea hasta los estertores finales de la Primera Guerra Mundial. La meticulosa reconstrucción llevada a cabo por Gat sitúa el desarrollo intelectual de Clausewitz en el contexto del idealismo y del historicismo alemán, y ello de manera indiscutible por cuanto que este marco ideológico le permitía dar cuenta de la existencia de épocas particulares sin necesidad de renunciar a la idea de que existe una modalidad única de guerra.

Gat mantiene el mismo punto de vista que Howard sobre las interminables disputas en torno a la contradicción aparentemente existente entre la posición inicial de Clausewitz, que sostenía que el objetivo de la guerra consistía sumariamente en conseguir «una victoria definitiva», y su opinión posterior, que afirmaba que «la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios», de lo que se seguiría que la guerra no puede definirse exclusivamente en términos de hostilidad «absoluta», y que la guerra limitada no debería considerarse como una adulteración, sino como una expresión plenamente legítima del conflicto bélico. Gat logra probar que en 1827, habiendo completado ya los seis primeros libros de *De la guerra* Clausewitz llegó a la conclusión de que el «examen de la experiencia» hacía pensar en la existencia de dos tipos diferenciados de guerra; y aún hay más: «No hay duda de que la mayoría de las guerras y de las campañas militares se aproximan más a un estado de observación que a una lucha entre la vida y la muerte»⁵. La ambivalencia de Clausewitz podría ser interpretada como una prefiguración de las dos tendencias antagónicas que a lo largo del siglo venidero se impondrían a la hora facilitar una definición del arte de gobernar: ¿conduciría el ulterior desarrollo de la sociedad burguesa a una nueva geopolítica de la guerra «limitada» o, por el contrario, nos llevaría de vuelta a las hostilidades «absolutas» del *Sturm und Drang* napoleónico?

Concibiendo la disuasión

El largo siglo XIX, del que da cuenta el segundo volumen de la trilogía, es descrito como una «época de epígonos» para el pensamiento militar, eclipsado por los gigantes de la época precedente⁶. Adoptando un esquema narrativo que bien podría haber salido de las páginas de *La destrucción de la razón* de Lukács, Gat sostiene que, tras las derrotas de 1848, el cos-

⁵ A. Gat, *History of Military Thought. From the Enlightenment to the Cold War*, cit., p. 215.

⁶ A. Gat, *The Development of Military Thought. The Nineteenth Century*, Oxford, 1992.

mopolitismo liberal perdió credibilidad rápidamente entre los círculos más respetables, dando paso a un darwinismo social rotundamente imperialista (tratado aquí con fría neutralidad académica). Fue durante la Primera Guerra Mundial cuando se produjo el descrédito final de las doctrinas «clauswitzianas» de la guerra ofensiva, al tiempo que los ejércitos beligerantes alcanzaban un punto muerto parapetados en las trincheras del frente occidental, desde septiembre de 1914 hasta la Ofensiva de Primavera alemana en marzo de 1918. Gat hace caso omiso de las observaciones sobre el calado de las consecuencias históricas de dicho estancamiento apuntadas por Gramsci, a pesar de que ningún otro de los pensadores que toma en consideración se aproximó ni remotamente a la manera en que el sardo comprendió el declive de la estrategia ofensiva, tanto por lo que respecta al terreno militar como por lo que se refiere al terreno político de la Europa occidental de posguerra. Reflexionando sobre los fallidos intentos de los revolucionarios de Occidente a la hora de seguir a los bolcheviques en su andadura hacia el poder, Gramsci concluía que este hecho era consecuencia de la existencia de una divergencia histórica entre las condiciones político-militares de ambos frentes. En el frente occidental, la consecución repentina de decisivos avances revolucionarios se había vuelto extremadamente improbable:

Sucede lo mismo en el arte de la política que en el arte militar: la guerra de movimientos cede paso cada vez más a la guerra de posiciones, y es posible afirmar que un Estado ganará una guerra determinada sólo en la medida en que éste se prepare para ello minuciosa y técnicamente en tiempos de paz. Las estructuras masificadas de las modernas democracias –ya sean éstas consideradas como organizaciones estatales, ya como complejos de asociaciones en el seno de la sociedad civil– constituyen para el arte de la política lo equivalente a las «trincheras» y a las fortificaciones permanentes en el frente de la guerra de posiciones: hacen que el movimiento pase a ser un aspecto meramente «parcial», cuando antes solía constituir el «todo» de la guerra⁷.

El volumen final de *The History of Military Thought* proporciona un vívido retrato del paisaje geopolítico, económico e intelectual de la era de la mecanización total de la guerra, culminando en un renovado estudio sobre la obra del británico mosleyiano⁸ J. F. C. Fuller y de su otrora discípulo, el historiador y periodista militar B. H. Liddell Hart⁸. Un vitalismo fantasmagórico recorre la visión de una superación militar de la carnicería industrializada de las trincheras defendida por Fuller; su *Tanks in the Great War* preconizaba una mecanización aplastante de los ejércitos guiados por vanguardias formadas por pelotones de tanques de alta movilidad, en una nueva era de elites militares especializadas. Este tipo de ideas goza-

⁷ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, 1971, p. 235.

⁸ Sir Oswald Ernald Mosley (1896-1980), político inglés conocido fundamentalmente por ser el fundador de la British Union of Fascists en 1932 [*N. de la T.*].

⁸ A. Gat, *Fascist and Liberal Visions of War: Fuller, Liddell Hart, Douhet and Other Modernists*, Oxford, 1998.

ron, durante la Alemania de Weimar y la época nazi, de un reconocimiento mucho más clamoroso del que llegaron a tener jamás en el propio frente, pero pudieron servir de inspiración a todos aquellos que soñaban con la existencia de combates más localizados y limpios. Tanto liberales como fascistas estaban decididos a evitar la repetición de una guerra mundial que marcaría la suerte de Occidente. Los capítulos finales de la obra de Gat narran cómo Liddell Hart pasó de discípulo del fascista Fuller a estratega extraoficial de un imperialismo liberal que se tambaleaba frente a la creciente amenaza del Tercer Reich⁹. La formulación de la doctrina de guerra limitada de Liddell Hart se inspiraba más de la cuenta –hasta el extremo de rozar el plagio– en los escritos de su antiguo mentor. El Imperio británico se hallaba en peligro y la preeminencia de gran potencia se desvanecía con rapidez. Llegado este punto, resultaba claro que los bloqueos de las fuentes de materias primas en el contexto del mercado mundial no detendrían el avance de un poder continental capaz de construir su propio *Grossraumordnung* [gran orden espacial] económico: la nación misma se hallaba ahora en situación de vulnerabilidad ante un bloqueo submarino. En este contexto de seguridad, el valor de las colonias de ultramar empezaba a verse disminuido con relación a los costes que suponía su mantenimiento. Tal fue la situación histórica en la que Liddell Hart desarrolló su visión para un imperio en vías de extinción; no obstante, no se trataba de una defensa estrecha de un precario *statu quo*, sino de una magnífica estrategia que apuntaba más allá del horizonte de la guerra para salvaguardar las condiciones de una paz próspera y estable. Ya a mediados de la década de 1920, haciendo hincapié en su prolongada disputa con Clausewitz, Liddell Hart había defendido la idea de que

la *destrucción* de las fuerzas armadas enemigas no es sino un medio –y no necesariamente uno inevitable o infalible– para la consecución de nuestro objetivo [...] Todas las *acciones*, tales como la derrota sobre el terreno, la propaganda, el bloqueo, la diplomacia o el ataque a los centros de gobierno y a la población, no deben ser interpretadas sino como un medio para tal fin¹⁰.

Pero, ¿a qué fin hacía referencia? Es en este punto cuando Gat vincula la trascendencia imperecedera del pensamiento de Liddell Hart con los dilemas securitarios del imperialismo liberal de Occidente, tanto en lo que se refiere al de entonces como al de la actualidad. Dichos dilemas hacen necesaria una combinación flexible de presión militar, financiera y ética. Y por encima de todo, resulta imprescindible que los motores principales de la economía permanezcan intactos. La estratégica flexibilidad del imperialismo liberal no podía ser comprendida por «los clausewitzianos»; no obstante, sostiene Gat, «como bien supo ver Lidell Hart, un hecho fundamental

⁹ Gat sugiere que su propia explicación de la carrera de Liddell Hart rebate el devastador retrato sobre su figura de John Mearsheimer, pero sirve de poco a modo de rehabilitación de carácter. John Mearsheimer, *Liddell Hart and the Weight of History*, Ithaca, 1988.

¹⁰ Liddell Hart, *Paris, or the Future of War*, Londres, 1925; citado en A. Gat, *History of Military Thought. From the Enlightenment to the Cold War*, cit., p. 677.

sobre la posición política de Gran Bretaña en la década de 1930 consistía en que, mientras ésta constituía ya por aquel entonces un poder imperial satisfecho de sí mismo, progresivamente se había ido convirtiendo en una sociedad consumista y liberal-democrática, sin interés alguno por guerras de envergadura a menos que el *statu quo* se viese seriamente amenazado»¹¹.

La reputación de Liddell Hart cayó en picado ante los logros iniciales de las *Blitzkriegen*, a pesar de lo cual Gat sugiere compasivamente que, a diferencia de los generales del proverbio, siempre dispuestos a combatir una guerra ya pasada, aquél se halló en todo momento una guerra por delante. En 1947, en el artículo de *Foreign Affairs* que marcó el inicio de la Guerra Fría, los puntos fundamentales de la concepción de la disuasión de Hart se habían convertido ya en la piedra angular del arte de gobernar de Occidente; un hecho que el propio Kennan llegaría a reconocer más adelante¹². Al término de su trilogía, Gat señala que, aun cuando las teorías de Liddell Hart han sido descartadas como defensa de las «guerras sin derramamiento de sangre», a principios del siglo XXI la reticencia a aceptar el sacrificio de vidas humanas en la guerra se ha convertido en «un clamoroso imperativo social» en todo Occidente. Incluso en Israel, a pesar de que «la nación en armas sigue allí vigente», pequeñas fuerzas de profesionales serán favorecidas cada vez más frente a las masas de reservistas, «tanto por lo que respecta al campo de batalla, que requiere una inversión intensiva en capital y alta tecnología, como en lo que se refiere a la “vigilancia” de baja intensidad de la población hostil». Para Occidente,

cuando se emplea la violencia, suele ser a lo largo de las líneas que fueron primeramente discutidas durante la década de 1930 y de cuya defensa se ocupó Liddel Hart. Las técnicas que se han visto favorecidas incluyen sanciones económicas, provisión de dinero y armamento para consolidar las fuerzas locales frente a sus adversarios, bloqueo, acciones aéreas y navales, operaciones localizadas y quirúrgicas llevadas a cabo por fuerzas de asalto de alta movilidad y técnicamente superiores [...] Estos métodos han logrado una desigual y en ocasiones decepcionante historia [...] Pese a lo cual, dada la naturaleza de las modernas sociedades occidentales, de sus asuntos exteriores, de sus necesidades estratégicas y de sus sensibilidades culturales, este modo de hacer la guerra parece constituir la norma, del mismo modo que la guerra total lo era para sus predecesores¹³.

Así toca a su fin la obra de Gat *History of Military Thought*. Es posible que el lector llegue a sentirse decepcionado al descubrir que, tras este *tour de force* de cerca de 800 páginas, desde Maquiavelo hasta las desgraciadas consecuencias del Muro de Berlín, no se suministra ninguna conclusión ulterior sobre la coyuntura actual. Pero este extraño vacío con el que con-

¹¹ *Ibid.*, p. 677.

¹² Véase el artículo de «X» en *Foreign Affairs* 25 (1947); reeditado en George Kennan, *American Diplomacy, 1900-1950*, Chicago, 1951.

¹³ A. Gat, *History of Military Thought. From the Enlightenment to the Cold War*, cit., pp. 827-828.

cluye el párrafo final podría ser sintomático de los obstáculos profundos que existen a la hora de pensar el papel que la guerra ha de desempeñar en un mundo dominado por los Estados liberal-capitalistas. En 2001, cuando apareció publicada la trilogía reunida de Gat, podría haber dado la impresión de que la trayectoria vertiginosa e indisputable de Estados Unidos estuviera poniendo fin a la era de los Estados soberanos, marcando el comienzo del milenio liberal de elecciones, dinero y operaciones policiales humanitarias. Tan sólo media década después, el panorama se presenta de manera mucho más turbulenta.

Hostilidades constantes

¿Cómo deberíamos definir, entonces, el actual orden geopolítico? Éste podría describirse como un inestable Estado intermedio, en el cual vestigios firmemente arraigados de una lógica de poder arcaica han impedido hasta el momento que se desarrolle una tendencia duradera hacia la neutralización de la rivalidad soberana en la cumbre del sistema interestatal. ¿Podemos considerar que la persistencia de estas hostilidades deriva de la resistencia de ciertos regímenes y movimientos anacrónicos a aceptar la expansión del mercado liberal? Los realistas responderían a la pregunta de modo negativo, insistiendo en que el propio orden interestatal continuará imponiendo una organización antagonica de los intereses nacionales, sin tener en cuenta tales diferencias constitucionales e ideológicas. ¿Logra la hegemonía estadounidense salvaguardar el interés colectivo dentro del sistema mundial, así como la estabilidad a largo plazo de sus principales actores? La posición contraria —que ésta se ha vuelto obsoleta, incluso desestabilizadora, desde el final de la Guerra Fría— está cobrando fuerza, si bien la existencia de hegemonías alternativas todavía es una cuestión meramente hipotética. ¿Cómo se explica la persistencia de los enormes arsenales del capitalismo occidental (es más, el hecho de que éstos sufrirán con toda probabilidad un desarrollo y ulterior expansión) en una época en la que las amenazas a la democracia liberal y al imperialismo del libre mercado pueden darse más o menos por desaparecidas? Ahora está sencillamente fuera de cuestión el que estos pudieran ser utilizados contra Estados comparablemente equipados, tales como Rusia o China, y hasta el momento los islamistas y otra serie de elementos anómalos parecen constituir una amenaza demasiado intrascendente como para justificar el mantenimiento de tan formidables maquinarias de guerra.

El último trabajo de Gat, *War in Human Civilization*, condensa el conjunto de los principales problemas geopolíticos de la actual coyuntura en una sola pregunta —¿bajo qué condiciones, si es que pueden darse, lograríamos acabar con la guerra, y se encuentra actualmente en decadencia?— e intenta hallar la respuesta a la misma en la historia natural de nuestra especie¹⁴.

¹⁴ A. Gat, *War in Human Civilization*, cit., p. IX.

Parece como si, una vez alcanzado el fin de la historia coronado en la democracia liberal, los vestigios atávicos que se ponen de manifiesto en los conflictos geopolíticos únicamente pudiesen explicarse postulando un irreprimible destino genético. Una vez más, Gat demuestra su destreza a la hora de desplegar una enorme cantidad de material antropológico, arqueológico e histórico, a pesar de que las cualidades de independencia intelectual y de elegancia estilística que distinguían *A History of Military Thought* se manifiestan de manera menos evidente a lo largo de su último volumen. *War in Human Civilization* tiene un interés muy concreto –a saber, defender que los seres humanos son agresivos por naturaleza– y una estructura más repetitiva, en la cual se vuelve sobre esta idea una y otra vez.

Gat comienza analizando las evidencias que apoyan la existencia del conflicto violento intraespecífico durante los aproximadamente dos millones de años del género *Homo*: el «99,5 por 100 de la historia biológica» en la cual pequeños grupos organizados de cazadores-recolectores deambulaban por el planeta, con anterioridad al desarrollo de los asentamientos permanentes. En su opinión, el debate sobre la guerra durante este periodo se ha visto polarizado entre los hobbesianos, para quienes el hombre es violento por naturaleza, y los rousseauianos, quienes opinan que, en su condición originaria, los seres humanos primitivos eran pacíficos y sólo se hicieron violentos cuando se vieron expuestos a las armas, al alcohol y a los misioneros. Alineándose con los hobbesianos, Gat expone la causa de la agresividad como la consecuencia de una «táctica innata si bien opcional» de supervivencia, desarrollada en el curso del largo proceso evolutivo del género humano¹⁵. Tiende a señalar que no existe «implicación normativa» alguna en el mecanismo de la «ciega selección natural» que privilegie a aquellos mejor cualificados para sobrevivir y reproducirse. En la naturaleza, la lucha intraespecífica se produce «porque el factor que incide decisivamente en la contienda evolutiva es el empeño de los individuos por transmitir sus *proprios* genes», en lugar de los genes de los extraños¹⁶. Con el fin de ganar o de tomar el mayor número posible de hembras, los machos pueden decantarse por atraer mediante la agresividad, de forma que sean capaces de aumentar el número de descendientes, mientras que las hembras tratan de encontrar al macho proveedor más vigoroso con la intención de proteger al considerablemente menor número de hijos que éstas pueden llegar a sacar adelante. Desde este punto de vista, una mayor tendencia hacia la agresividad, por una parte, y hacia el cuidado de los hijos, por otra, constituyen las principales diferencias en-

¹⁵ Se estima que la línea de los homínidos se separó de la de los chimpancés hace unos 7 millones de años, mientras que el género *Homo* emerge con el *Homo erectus* hace 2 millones de años aproximadamente; variedades arcaicas de *Homo sapiens* han evolucionado desde hace 500.000 años, y de *Homo sapiens sapiens* desde hace 100.000 años aproximadamente. Gat interpreta las exquisitas pinturas rupestres del Paleolítico Superior (35.000-15.000 años atrás) como evidencia de «una mente que es indistinguible de la nuestra por lo que se refiere a sus capacidades». *Ibid.*, p. 5.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 144, 43.

tre machos y hembras. Mientras los violentos machos tienen evidentemente más probabilidades de morir –y con frecuencia en una proporción tal que sus tácticas se vuelven más bien cuestionables por lo que respecta a la supervivencia y a la reproducción–, durante la mayor parte de nuestra historia como especie las potenciales recompensas que se derivan de la agresividad han sido suficientemente elevadas como para que algunos asumieran los riesgos que ésta comporta, mientras que otros, quizás menos proclives a la violencia, se vieron forzados a adaptarse a las circunstancias para no verse excluidos de la partida. Las hembras se decantaron mayoritariamente por los valientes, o bien fueron tomadas a la fuerza por éstos.

No es sólo a través de la descendencia, en todo caso, como se transmiten los genes, sino que éstos pueden transmitirse asimismo por medio del parentesco directo: los hermanos comparten el 50 por 100 del material genético, los primos cerca del 12,5 por 100. En términos evolutivos, por lo tanto, tiene sentido el sacrificio de uno mismo para salvar a más de dos hermanos, a ocho primos, a treinta y dos primos segundos, etc. Esta «lógica evolutiva del parentesco», según defiende Gat, se extiende mucho más allá del clan o de la tribu. Las sociedades constituyen alianzas entre grupos de parentesco, y florecen o decaen en la misma medida en que son capaces de mejorar las perspectivas de supervivencia y reproducción de cada uno de sus miembros individuales. No obstante, en un sentido determinado, todos y cada uno de los miembros de estos grupos unidos por causas circunstanciales siguen en pie de guerra los unos contra los otros. Las palabras de un proverbio árabe tradicional expresan con acierto la presumible necesidad que esta perspectiva adquiere en el momento en que se está sometido a condiciones de escasez material, ya sea ésta natural o provocada por la mano del hombre: «Yo, contra mi hermano; mi hermano y yo, contra mi primo; mi primo, mi hermano y yo, contra el mundo»¹⁷. Todas las comunidades políticas viables, en opinión de Gat, incluidas las naciones modernas, tienen un núcleo etnobiológico, incluso cuando éste se ve rodeado por el sospechoso halo de penumbra de la influencia extranjera. La evolución histórica es el resultado del proceso constante de recombinación de estas alianzas nucleares, cuyos constituyentes se ven forzados a adoptar prácticas que maximicen su adaptación a un entorno dado, cuenten o no con el apoyo de sus presentes aliados.

No obstante, en tanto que táctica «innata si bien opcional», la agresividad es un elemento de nuestra estructura de comportamiento heredado sumamente variable. Los mecanismos que la desencadenan –los «mecanismos de proximidad» del deseo– han sido sometidos a una presión selectiva más bien débil. Al contrario que el hambre y, evidentemente, la lujuria, la agresividad es capaz de «activarse y desactivarse» en función de la anticipación de sus previsible recompensas. Se «activa» tal vez ante el estre-

¹⁷ *Ibid.*, pp. 45-46.

mecimiento de la lucha, «el ejercicio competitivo de facultades morales y físicas, e incluso de la crueldad, del fervor de la sangre y del éxtasis homicida». Se «desactiva» en situaciones de «miedo, fatiga moral y física, horror ante la violencia, repugnancia ante el derramamiento de sangre»¹⁸. Es más, pueden darse circunstancias en las que las recompensas de la lucha se vean tan contrarrestadas por los perjuicios que ésta comporta que llegue a desactivarse durante largos periodos de tiempo o incluso en sociedades enteras. De acuerdo con Gat, la agresividad masculina puede quedar más o menos sublimada bajo ciertas formas de competencia pacífica, «aun cuando el objetivo evolutivo» –la lucha por el alimento o por la conquista sexual– «sigue vigente de manera inconsciente». De ser así, parecería difícil determinar la relación que existe entre una tendencia tan sumamente variable y el nivel de violencia efectiva en una sociedad dada, calculada en función del número de víctimas mortales. La posición que afirma que estos antagonistas conductualmente modificados persiguen los objetivos de supervivencia y reproducción, si bien lo hacen de manera inconsciente, tiene poco sentido como explicación razonada del comportamiento humano. Es más, conforme la sociedad humana va emergiendo a la luz de la época histórica, Gat confunde cada vez más notoriamente los medios con los fines. De este modo:

No son los propios fines evolutivos sino los mecanismos de proximidad –aquel tipo de comportamientos que generan satisfacciones emocionales y que originalmente se desarrollaron en tanto que medios para alcanzar fines somáticos y reproductivos– los que motivan el comportamiento humano. Allí donde condiciones radicalmente nuevas destruyen el vínculo original entre un mecanismo de proximidad y su fin evolutivo originario, es a aquél [primer] al que la gente se siente apegada mediante poderosos estímulos emocionales¹⁹.

Uno de los problemas que suscita el enfoque de Gat es que no logra explicar la variabilidad de tendencias hacia el conflicto que caracterizan a las diferentes comunidades que él mismo procede a examinar, sino que tan sólo es capaz de constatarla *post facto*. Otro de los fracasos de *War in Human Civilization* es que no alcanza a definir con exactitud qué es la «guerra», por contraposición a la agresividad tomada en un sentido más amplio. En la línea de Franz Boas, Gat sugiere que las diferenciaciones entre «contendias sangrientas», «guerra» y «homicidio» son «sumamente arbitrarias, apenas un reflejo de nuestra propia visión en tanto que miembros de sociedades más o menos disciplinadas»²⁰. Los indios del noroeste estadounidense, asegura, no se hubieran tomado la molestia de establecer tales distinciones. Ni tampoco, probablemente, de diferenciar a un pájaro de un avión. Ahora bien, si la «guerra» no es más que la consecuencia de la lucha por la supervivencia, del enfrentamiento de los miembros de una misma especie con-

¹⁸ *Ibid.*, p. 39.

¹⁹ *Ibid.*, p. 47.

²⁰ *Ibid.*, p. 47.

tra sus propios congéneres, entonces no cabe el menor género de duda de que todas las formas de vida se hallarán «en guerra» por siempre jamás. Pero en ese caso tendría poco sentido plantearse cuestiones específicas acerca de cuándo y en qué circunstancias los seres humanos comenzaron a librar las guerras, y continúan combatiendo aún a día de hoy. Si la guerra se confunde de este modo con el espectro total del conflicto en una especie determinada –¿y por qué habríamos de limitarnos al conflicto intraespecífico?–, no sólo se perdería la perspectiva en el caso de las armas humanas, sino que el tema de la «civilización» se desvanecería asimismo en el ámbito general de la selección competitiva, en la que los combatientes últimos no son otros que los genes egoístas.

De la naturaleza a la cultura

Otro problema más insuperable surge cuando Gat se propone aplicar su teoría explicativa más allá del estado de la «evolución natural humana», en aras de hacerla extensiva a la totalidad del desarrollo social de los últimos diez mil años. El punto más ambicioso de su argumentación consiste en señalar que la teoría evolutiva es capaz de facilitar una explicación adecuada de cómo han tenido lugar los cambios cualitativos en el paso de una forma de sociedad a otra, y ello desde el Neolítico en adelante. Habiendo dado cuenta de dos millones de años de evolución humana en sus primeras 145 páginas, *War in Human Civilization* se ve obligada a desvincular su esquema darwiniano de cualquier posible base científica, en su empeño por suministrar, en el curso de las 500 páginas siguientes, una explicación en clave neoevolucionista del florecimiento de la agricultura, el origen y el desarrollo del Estado, la transición al capitalismo y el desenlace de la democracia liberal. Gat da por hecho que:

una vez que los humanos han desarrollado [*sic*] la agricultura, establecen una serie de adelantos en cadena que los han ido alejando más y más de su forma natural de vida como cazadores-recolectores [...] Las necesidades innatas, los deseos originarios y los mecanismos de proximidad conductuales y emocionales humanos que han sido conformados por la evolución se expresan ahora en el marco de condiciones «artificiales», radicalmente modificadas, muy diferentes de aquéllas en las que éstos se han desarrollado²¹.

Pero Gat nunca llega a definir con claridad cuáles son los términos de la «evolución cultural» que sucedería, en tanto que esquema teórico, a la evolución biológica. En un momento dado, se trata de una mera cuestión de «analogías»: ambas se enfrentan a la «reproducción reiterada de formas replicantes –ya sean biológicas o culturales–, cuyas variaciones eventuales están sometidas, al menos hasta cierto punto, a toda clase de presiones selectivas». Más adelante, «evolución biológica y evolución cultural repre-

²¹ *Ibid.*, p. 145.

senta un continuo», dándose por sentado que una se sigue de la otra²². De las estructuras tales como Estados o jefaturas se dice, sin que medie mayor explicación, que «evolucionan».

La posición de Gat es vaga, por no decir más, a la hora de aclarar cuáles son las unidades sobre las cuales actúan los mecanismos de la selección evolutiva. Oscila entre criterios de adaptación de la población, de acuerdo con los cuales la sociedad no es más que la suma de sus grupos de parentesco, y la afirmación de que son las múltiples y vagamente individuadas prácticas las unidades sobre las cuales opera propiamente la selección evolutiva. Pero este argumento confunde el carácter aleatorio de la mutación genética con el nivel consciente en que se produce la elección de una determinada práctica entre un abanico de alternativas. Podría decirse que los neodarwinistas son en realidad lamarkianos, dada la alegría con la que están dispuestos a asumir la confusión entre mutaciones ciegas e innovaciones de carácter intencional. La teoría de la selección natural, tal como ésta se comprende a día de hoy, establece una discontinuidad entre el mecanismo que origina los cambios genéticos aleatorios y el mecanismo de la reproducción de éstos a partir de tasas diferenciales de supervivencia y de selección sexual. Debería resultar evidente que no existe una discontinuidad comparable entre condiciones de generación y condiciones de diseminación en el ámbito de la praxis humana. La mayor parte de los sociobiólogos intentan restar importancia a esta diferencia, circunscribiendo su argumentación a patrones de desarrollo que resultan más o menos análogos a la selección natural que se produce en contextos sociales de escasez material y competitividad. Dan por sentado que las únicas formas de «segunda naturaleza» que pueden llegar a darse son aquellas que emulan la natural y compulsiva tendencia a la supervivencia y a la expansión. Pero como bien supo ver Marx, dicha confusión de categorías que intercambia naturaleza y cultura se convierte en una realidad histórica desde el momento en que asume la forma de las tendencias compulsivas cuasi naturales que rigen los múltiples modelos de nuestra segunda naturaleza cultural.

Con el desarrollo de la agricultura, y de otras formas sociales más complejas, lo cultural-histórico emerge a partir de lo natural y, en opinión de Gat, «el vínculo existente entre fines y medios conductuales adaptativos» se destruye. La naturaleza resurge, sin embargo, pese a que lo haga de una manera cada vez más opaca. Pues el impulso tímótico persiste incluso en contextos donde la violencia no ejerce una influencia directa sobre la subsistencia, que está ahora concentrada en una serie de objetivos intangibles que van adquiriendo vida propia, según se enfrentan a las tendencias compulsivas de seguridad y época de cría. De Platón a Kojève, a menudo ha solido argumentarse que lo que despeja el horizonte para el surgimiento de alternativas es una posición indiferente ante este modo de

²² *Ibid.*, p. 150.

vida. No hay duda de que Gat intenta explicar el surgimiento de esta dicotomía entre naturaleza y cultura. Pero jamás llega a asumir todas las implicaciones corrosivas que se derivan de dicha diferenciación. Una segunda naturaleza de objetivos culturales podría desviarse de las exigencias que imponen la seguridad y la reproducción. Sometida a una débil presión selectiva, la agresividad masculina podría desactivarse de manera permanente, a menos que los principales objetivos de la segunda naturaleza continuasen estando de alguna manera conectados con la directriz fundamental de la supervivencia. El concepto de «guerra» que Gat defiende resulta, no obstante, lo suficientemente amplio como para adaptarse a cualquier número de escenarios potenciales, y también más o menos lo suficientemente maleable como para explicar la dura lucha por la supervivencia y la reproducción, incluso allí donde ésta no da lugar al conflicto violento. Hobbes concebía el estado natural de hostilidades como una condición que podía alcanzar un fin. Gat lo concibe de manera más elástica, en tanto que el medio en que los humanos interactúan permanentemente, con una violencia más o menos extrema.

Salvajes y académicos

Si la obra de Gat constituye al menos parcialmente una polémica contra los desencaminados rousseauianos, no haría mal en recordar entonces la advertencia del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*: «No es liviana empresa separar lo que hay de originario y de artificial en la naturaleza actual del hombre»²³. Sin lugar a dudas, el asunto de la dicotomía entre «naturaleza» y «cultura» sigue vigente a día de hoy; la cuestión es si el esquema neoevolucionista es capaz de dar cuenta de esta temática, y si los casos etnográficos e históricos en los que Gat centra su discusión sirven para confirmar esta teoría o, por el contrario, para revelar sus limitaciones.

Podría decirse que la evolución del *Homo sapiens* constituye el lugar más indicado para iniciar una investigación en torno al problema que planteó Rousseau y para delinear a partir de aquí las formas específicas de sociedad humana en las que conflicto y violencia pueden ser interpretados de manera plausible como una modalidad de «guerra», entendida ésta en tanto que fenómeno asociado a una determinada historia. El estudio de la forma de vida de los cazadores-recolectores abre paso a un enfoque empírico que aborda estos problemas interrelacionados: si en alguna medida es posible hablar de estados humanos de naturaleza, sería dentro de este contexto. Desde la década de 1960, los antropólogos que trabajan en la temática de la guerra primitiva han estado de hecho sumamente divididos entre las escuelas «hobbesianas» y las «rousseauianas». Lawrence

²³ Jean-Jacques Rousseau, *Discourse on the Origin of Inequality*, Indianápolis y Cambridge, 1992, p. 34.

Keeley, un decano del primer grupo, sostiene que una generación entera de académicos se ha negado a aceptar la considerable cantidad de pruebas etnográficas y arqueológicas que evidencian la presencia del conflicto violento entre los cazadores-recolectores contemporáneos y prehistóricos, e incluso entre ciertos grupos organizados y tribus más estratificadas. El punto clave de su estrategia consistía en «salvaguardar la noción rousseauiana de buen salvaje, no mediante el recurso de hacer de él un ser pacífico (puesto que esto era contrario a los hechos), sino argumentando que los miembros de la tribu libraban una forma de guerra más estilizada y menos espantosa que la de sus homólogos»²⁴. Las guerras primitivas eran vistas como escenificaciones de un ritual en cuyo contexto se producían griteríos, quemas y eventualmente, *in extremis*, una víctima mortal. Los etnógrafos encontraban en estas luchas ceremoniales una humanidad de la que carece el violento mundo de la civilización del siglo xx.

Sin embargo, al circunscribir su atención a estas «luchas de nada» –tal como las denominaba alegremente un individuo de las tierras altas de Nueva Guinea–, los antropólogos apartaban la vista de las más sanguinarias tácticas de los cazadores-recolectores, incluido el frecuente recurso a las ofensivas sorpresa que daba como resultado una abrumadora tasa de víctimas mortales; Gat se hace eco de la afirmación de Keeley al asegurar que el número de muertos superaba las más elevadas tasas de la guerra industrializada del siglo xx²⁵. De acuerdo con Keeley, dichos académicos no intentaban sino encubrir la violencia subyacente al pasado de los cazadores-recolectores. Las pruebas etnográficas que evidencian la presencia de un puñado de pueblos verdaderamente contrarios al conflicto poseían, en su opinión, implicaciones seriamente limitadas. Estos remanentes de poblaciones primitivas no eran representativos del conjunto de aquellos que habían cazado y forrajeado antes de que la expansión de la agricultura los empujase a ocupar zonas hasta entonces desiertas. Si estas comunidades empobrecidas de refugiados eran menos proclives al combate, ello se debía únicamente a que no tenían un abanico de alternativas demasiado amplio.

Pero incluso en este caso había poco lugar para una verdadera paz. Investigaciones antropológicas comparadas en torno a los incidentes violentos producidos entre pueblos residuales en un estado preestatal –una vasta categoría que no sólo abarca a los cazadores-recolectores de la Edad de Piedra, sino también a los horticultores y a los pastores tribales– ponen de manifiesto la existencia de un patrón de conducta asociado a una brutalidad desconcertante en las disputas relacionadas con las mujeres, la hechicería y las transgresiones. *War in Human Civilization* recoge el testimonio de primera mano de William Buckley, un convicto huido de la

²⁴ Lawrence Keeley, *War Before Civilization*, Nueva York y Oxford, 1995, p. 9.

²⁵ La más que cuestionable suposición que subyace a la estadística de Keeley es que cuatro muertes en una población de 48 habitantes es de alguna manera equivalente a cinco millones de muertes en una población de sesenta millones.

justicia que vivió entre los aborígenes durante treinta y dos años. Así era la Australia anterior a la invasión del hombre blanco. Antes de regresar a la civilización colonial en 1838, Buckley facilitó un nada displicente testimonio acerca de un pueblo sumamente proclive a las peleas violentas, los raptos conyugales, las violaciones y las promesas incumplidas, haciendo especial hincapié en todo lo relacionado con las mujeres: «Estas adorables criaturas estaban en el origen de todas y cada una de las calamidades»²⁶. De acuerdo con Gat, los cuentos de los aborígenes de Australia y Tasmania correspondientes a la Edad de Piedra, en los albores del contacto, proporcionan una visión privilegiada de la que en su día fue la universal condición humana: un mundo prehistórico salpicado de contiendas, linchamientos, buscadores de cabezas y genocidios a pequeña escala. Gat descarta la idea de atribuir la responsabilidad de estas microguerras a asaltos motivados por la escasez material. Las tribus de esquimales y de indios de la costa noroeste del Pacífico, que abarca una extensión de más de 4.000 millas de una región rebosante de peces, caza y aves, eran capaces de librar expediciones en canoa para atacar a poblaciones que residían a cientos de kilómetros de distancia. Los resultados del heroico trabajo de campo de Franz Boas parecen asemejarse a las comunidades de cazadores-recolectores que en su día ocuparon los nichos más prósperos de la Tierra y cuyos campamentos se hallan, aun así, repletos de evidencias de exorbitantes carnicerías. ¿Por qué los seres humanos llegaron un día a poner fin a esta violenta Edad de Oro, si tan connatural era a su manera de ser?

La creación originaria

Mientras *War on Human Civilization* despliega un grandioso relato acerca de los avances evolutivos que han dado paso a niveles siempre crecientes de complejidad social, defenderé por el contrario que su teoría de la competitividad demográfica y del conflicto existencial no es capaz de explicar algunas transiciones relevantes hacia la agricultura que se produjeron en el ámbito local, ni tampoco de esclarecer los orígenes de los primeros Estados «primordiales». Su neoevolucionismo no puede tampoco explicar cuestiones acerca de la aparición «contingente» de nuevas lógicas de domesticación, explotación y autoridad, ni encarar con éxito la evidencia de un largo proceso de pacificación de hostilidades que precedió a todos estos cambios.

El libro proporciona una explicación sobre la secuencia evolutiva que dio lugar a niveles crecientes de cooperación y agresividad estratégica, del *Homo erectus* al *Homo sapiens*, que se basa de manera implícita en la reivindicación del papel cada vez más importante que desempeñó la caza y los carnívoros a la hora de establecer esta tendencia: grupos migratorios organizados compuestos por cazadores africanos estaban provistos ade-

²⁶ A. Gat, *War in Human Civilization*, cit., p. 70.

cuadramente no sólo para derribar a las bestias más formidables, sino para acabar unos con otros del mismo modo. Parece, pues, una misteriosa laguna que *War in Human Civilization* apenas mencione la extinción de la megafauna euroasiática que tuvo lugar a finales del Pleistoceno, como consecuencia del cambio climático y de la caza desmesurada; tan dramáticas interrupciones en las condiciones de supervivencia y reproducción poseen cierta tendencia a quedar excluidas de los márgenes del relato de Gat. La caza mayor sufrió un profundo declive al término de la Edad de Hielo; en el Levante, la desaparición última de los animales de mayor tamaño se vio acompañada por una prolongada diezma entre los rebaños de gacelas anteriormente exuberantes. Las consecuencias que desencadenó este enorme cambio en el medio de subsistencia que se produjo en la zona son explicadas en detalle por Keith Otterbein: «Los primeros pueblos que se dedicaron al cultivo de plantas no sabían lo que era la guerra, y no lo sabían porque habían dejado de practicar por completo la caza mayor»²⁷.

No obstante, el declive de la caza no degeneró en una crisis demográfica, puesto que estos mismos cambios climáticos dieron lugar a una gran expansión de los hábitats del cereal silvestre. En este contexto, las densidades de población de recolectores sedentarios aumentaron entre el 11.000 a.C. y el 9.000 a.C., sentando las bases materiales para el surgimiento de la cultura natufiana preneolítica dentro de la región. El propio Keeley escribe acerca de este nuevo orden humanizado de cosas: «No sólo no existen indicios de que se produjese un aumento de la guerra durante este periodo, sino que no existen señales de que la guerra existiese en absoluto»²⁸. Esta desaparición fulminante del estilo de vida asociado a los guerreros-cazadores no puede ser abordada correctamente desde la explicación de Gat, pese a que las consecuencias en el comportamiento derivadas de este súbito desplazamiento de carnívoros a herbívoros deberían resultar evidentes por lo que respecta a la agresividad y a las relaciones de género. Las antiguas formas en que se establecían los vínculos entre machos homínidos debieron desvanecerse con la desaparición de la caza. Si Rousseau se equivocaba acerca de la cronología, estaba, no obstante, en lo cierto al considerar que estos recolectores en un estadio preestatal eran, en inicio, pacíficos y mantenían unos vínculos de unión un tanto laxos. También concedía que tales cambios a gran escala dieron lugar a transformaciones fundamentales en nuestra naturaleza, y no sólo en sus manifestaciones.

De hecho, la totalidad del *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* está organizada en torno a un problema que Gat deja de lado: cómo explicar el surgimiento de una práctica que ningún individuo o grupo podría haber implementado de manera intencionada, puesto que nadie lo había llevado a cabo con anterioridad jamás y puesto que su exitosa adopción suponía una cooperación entre seres humanos y con el siempre indes-

²⁷ Keith Otterbein, *How War Began*, Texas, 2004, p. 13.

²⁸ L. Keeley, *War Before Civilization*, cit., p. 120.

cifrable medioambiente, que queda fuera del alcance de su capacidad consciente de coordinación. Los problemas que supone el cambio completo de un modo de vida pueden ser minimizados de manera retrospectiva, especialmente cuando estos cambios conducen a mejoras materiales para las mucho más numerosas generaciones posteriores. Sin embargo, explicar el surgimiento de un nuevo orden a partir de condiciones precedentes, y observar que, tras su surgimiento, éste trajo consigo un aumento de la población así como una mejora de su estado físico, son dos cosas bien diferentes.

Es en este punto cuando tales teorías evolutivas fracasan en su propósito de explicar el cambio histórico. Incluso si uno asume la analogía entre evolución natural y evolución hitórico-cultural, su limitación más fundamental reside en su incapacidad para dar cuenta de las transformaciones cualitativas —«mutaciones»— que se producen en el último de los ámbitos. Estas teorías no sólo confunden la categoría de los *input* genéticos aleatorios con los *inputs* de carácter intencional de las innovaciones, sino que son asimismo incapaces de establecer las debidas diferencias entre estos últimos, la elección consciente de nuevas prácticas, y las estructuras que determinan sus condiciones de posibilidad: los parámetros prácticos y conceptuales de un mundo. Estos modos de segunda naturaleza no son casuales al modo en que lo son los de la ciega naturaleza, pero tampoco son el producto de la agencia subjetiva. Dentro de estos mundos, surge una «dialéctica» entre la estructura parcial y la agencia frustrada, que se solapa con, pero no es idéntica a, la discontinuidad existente entre el ciego cambio natural y la acción intencional consciente. El corolario específico de esta afirmación sería que el cambio histórico cualitativo no es prácticamente en ningún caso resultado de la elección intencionada de nuevas prácticas por parte de individuos que pretenden maximizar unos intereses dados. Sabemos, en cualquier caso, que los cazadores-recolectores que llegaron a entrar en contacto con la agricultura a menudo eligieron no adoptarla, ya que tenía tanto ventajas como desventajas. El largo periodo de la agricultura y ganadería de subsistencia del Neolítico trajo consigo un milenio de crecimiento demográfico explosivo, si bien cerca del 80 por 100 de su población se componía de exhaustos, enfermos y malnutridos campesinos. Éste fue el elevado coste que los humanos debieron pagar a cambio de la modesta mejora en materia de seguridad alimentaria.

Armas y semillas

A modalidades diferentes de vida material corresponden reglas específicas de reproducción a las que tanto los grupos como los individuos se verán obligados a adaptarse, a falta de cualquier otra alternativa viable conocida. Aun siendo los recolectores fieles observadores de la vida de las plantas, resulta prácticamente inconcebible que alguno de ellos pudiera haber inventado de manera intencionada las prácticas arcanas que permitiesen controlar las cosechas. Prestando atención a este rousseauiano problema de los orígenes, Jared Diamond ha sugerido que los recolectores fertilizaron

semillas sin darse cuenta en el interior de los baldes de estiércol de sus inicialmente improvisados campamentos y aldeas. En el Creciente Fértil, tales selecciones espontáneas de mutaciones de trigo y variedades de cebada, cuyos granos no fueron diseminados por el viento, dieron origen al surgimiento de los primeros cultivos genéticamente modificados. A partir de este momento, tanto estas como otras especies silvestres necesitaron miles de años de selección humana antes que se controlase el cultivo, tiempo durante el cual los florecientes huertos de estos protocampesinos habrían resultado sumamente vulnerables frente a incursiones violentas que habrían podido acabar con estas delicadas fuentes de sustento y obligado a los cultivadores a desplazarse a nichos más adecuados para defensa que para los cereales. Como consecuencia de ello, durante miles de años, en múltiples regiones de la Tierra reinó la paz. En torno al 8.000 a.C., el cultivo sistemático de cosechas se había asentado en el Creciente Fértil, al que siguió la cría de animales mil años después. En Egipto, cazadores-recolectores de la zona incluyeron cultivos en su dieta de animales y plantas silvestres, y desde entonces fueron desplazando paulatinamente el alimento silvestre de la misma²⁹. Otterbein sugiere que la lentitud con la que el declive de la caza y de las prácticas de recolección se produjo a lo largo del Nilo mantuvo vivos los conflictos violentos, y retrasó de este modo el florecimiento de la agricultura, que no fue implantada hasta más adelante como una práctica importada de Mesopotamia.

De acuerdo con el relato neoevolucionista de Gat, la presión constante del crecimiento demográfico y la innovación tecnológica hicieron que la agricultura se viese naturalmente favorecida frente a la caza y la recolección. Las evidencias que apoyan la presencia de un cambio drástico en el medio ambiente de las especies en los albores de la domesticación de animales y cultivos en esta región clave se deja de lado, en favor de una narración que defiende la existencia de una evolución violenta ininterrumpida: «Todo lo que sabemos desde el punto de vista etnográfico sobre los horticultores históricos hace pensar que las vidas de sus antecesores prehistóricos eran poco seguras y estaban sometidas a la amenaza de una muerte violenta»³⁰.

Aun admitiendo «las ambigüedades inherentes a los indicadores arqueológicos de la guerra en los entornos previos al establecimiento de los Estados o en los que éstos comenzaban a despuntar», Gat avanza para establecer una denodada defensa de la omnipresencia de la guerra en el Creciente Fértil de principios del Neolítico. Incluso antes de que los individuos que practicaban la caza menor y los recolectores de esta zona adoptaran la forma de vida agrícola, grandes aldeas estaban alzándose en Abu Hureyra, Çatal Hüyük y Jericó; aproximadamente desde el noveno milenio a.C., estos pueblos desarrollaban su vida tras la protección de muros fortificados. En Jericó los muros llegaron a alcanzar alturas inmensas,

²⁹ Jared Diamond, *Guns, Germs and Steel*, Nueva York, 1997, p. 102.

³⁰ A. Gat, *War in Human Civilization*, cit., p. 173.

al mismo tiempo que innumerables generaciones de constructores y sucesivas oleadas de recién llegados rendían su pequeño tributo de adobe y piedra. En opinión de Gat, este hecho constituye una firme evidencia de la prevalencia de un estado de hostilidades. Famosos por el celeberrimo episodio posterior de su destrucción narrado en el Libro de Josué, los muros han dado origen a una larga controversia. A juicio de Otterbein, «los muros de la Jericó prebíblica pueden considerarse prácticamente como una prueba de fuego a la hora de distinguir si un académico es un lobo o un cordero»³¹. Sobre los primeros y cruciales milenios de la transición neolítica, la opinión académica se muestra abrumadoramente partidaria de la línea blanda: no existía ningún asentamiento tan sumamente amplio en toda la zona y, de hecho, no existe evidencia arqueológica alguna de la presencia de guerra hasta que el viejo asentamiento fue conquistado por vez primera en el 7.000 a.C. De acuerdo con Oler-Bar Yusuf, los muros de Jericó servían para controlar las inundaciones y las riadas de lodo. Tampoco existe evidencia alguna de la presencia de fortificaciones en otras zonas de domesticación endógena de plantas –el Nilo, el río Amarillo, el valle del Indo, Mesoamérica, las tierras altas de Perú y del oeste de África– hasta mucho más adelante. Gat, impertérrito, defiende que «las fortificaciones pueden interpretarse únicamente como señales fehacientes del conflicto violento»³².

La guerra, por supuesto, llegó a estallar finalmente tras los milenios de pacificación que acompañaron la fase originaria del cultivo endógena de plantas, y también lo hizo antes del advenimiento de los primeros Estados. Pero esta cuestión plantea un nuevo problema para el relato de Gat: podría asegurarse, precisamente porque el conflicto violento volvió a producirse en regiones tales como el Levante, donde las plantas y los animales fueron domesticados por vez primera, que los Estados, hablando con propiedad, no llegaron a surgir. Del mismo modo que un largo periodo de paz precedió y acompañó la transición neolítica, un periodo de paz relativa parece haber prevalecido asimismo en la parte baja de la cuenca del Tigris-Éufrates antes y durante miles de años después de que se produjese la propagación de plantas domesticadas dentro de esta región alrededor del 5.700 a.C. Pero fue en este escenario en el que se instituyeron los Estados originarios. Ratificando este panorama, Michael Mann apunta que la proximidad de las posteriores ciudades sumerias –cercasas las unas de las otras– hace pensar fuertemente en la ausencia de guerra durante el periodo de su fundación³³.

Pero si la domesticación originaria era, posiblemente, incompatible con la guerra, la agricultura como tal no lo era. Desde los centros en que se originó, el cultivo se extendió en oleadas hasta cubrir la mayor parte de la

³¹ K. Otterbein, *How War Began*, cit., p. 33.

³² A. Gat, *War in Human Civilization*, cit., p. 175.

³³ Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. 1, Cambridge, 1986.

superficie cultivable de la tierra. El despegue de la población en el despertar de estas dos historias de la agricultura inicialmente divergentes fue inmenso, la población mundial se disparó de 5 millones a aproximadamente 100 millones en tan sólo 5.000 años de la expansión del cultivo; los pueblos que en un principio no habían desarrollado la agricultura dentro sus propios hábitats, podían tomar el excedente de otros. En Eurasia, esta explosión demográfica motivó a menudo el desplazamiento forzoso o la asimilación de aborígenes, enfrentamientos entre grupos diferentes de agricultores, y constantes luchas entre éstos y los pastores que se aglomeraban en torno a sus periferias.

Los orígenes del Estado

En muchas de las zonas de domesticación de plantas originarias, si bien no en todas, surgieron civilizaciones basadas en la organización estatal. El relato neoevolucionista de Gat sorteaba los obstáculos relativos a la formación originaria de los Estados restando importancia a la distinción entre unidades políticas clánico-tribales, Estados tempranos y Estados secundarios que surgieron más adelante en tanto que emulaciones de los primeros. Todas esas unidades políticas, desde el punto de vista de Gat, surgieron de forma espontánea a partir de la expansión demográfica y de las guerras que se produjeron entre pastores y agricultores. En el vórtice del «desarrollo evolutivo», la combinación de un número impreciso de condiciones iniciales podía desatar la secuencia que conducía de aldeas y tribus, pasando por jefaturas centralizadas, a Estados mínimos y, de ahí, a Estados de mayores dimensiones. Desde esta perspectiva, el Estado no constituye una forma diferenciada de organización política, sino que representa meramente una fase última en un proceso orgánico que conduce a niveles cada vez más elevados de complejidad y centralización, siempre que las condiciones lo permitan. Del mismo modo que *War in Human Civilization* no ofrece una definición de guerra en tanto que fenómeno diferenciado del conflicto violento en general, tampoco facilita definición alguna del Estado que permita distinguirlo cualitativamente de tribus y jefaturas. Ni la guerra ni el Estado pueden llegar a constituir un fenómeno propiamente diferenciado en el contexto de este paradigma evolutivo: «El surgimiento de Estados a partir de las sociedades tribales estratificadas o centralizadas –con todas las señas que caracterizan al periodo estatal– ha continuado ocurriendo en diferentes regiones del mundo, conectadas entre sí de manera variable, prácticamente hasta el momento presente»³⁴.

De acuerdo con Gat, el impulso que condujo de la tribu al Estado se habría iniciado en el momento en que un carismático señor de la guerra atrajo hacia sí suficientes seguidores armados como para liberarse del yugo de una asamblea tribal o consejo de ancianos. Habría distribuido entonces el

³⁴ A. Gat, *War in Human Civilization*, cit., p. 232.

botín de la guerra de forma que pudiese garantizar el apoyo de sus compañeros, con la idea de generar recursos cada vez más cuantiosos tanto para él como para sus hombres. Tan pronto como su séquito se expandiese, la distribución se volvería cada vez más desequilibrada. Este proceso de redistribución se abría paso a partir de las viejas redes de parentesco, subsumiendo los clanes a los que pertenecían quienes habían sido conquistados como si éstos fuesen igualmente siervos a su cargo, en lo que llegaría a constituir el núcleo étnico de un nuevo pueblo. Pero si éste era el esquema básico que seguía la gestación de las jefaturas centralizadas, ¿continuaron dichas comunidades avanzando entonces en esta línea hasta llegar a convertirse en Estados? El Libro de los Reyes describe cómo Saúl creó un Estado frágil a partir de una confederación de tribus; pero los israelitas primitivos se hallaban, a esas alturas, rodeados por ciudades enemigas y por imperios cuyas sofisticadas instituciones no podían asimilarse de una sola vez. Sin un contexto semejante, tales formas de gobierno fracasaban invariablemente a la hora de atravesar el umbral que permitía establecer el control extractivo soberano sobre un determinado territorio y sobre sus habitantes. Gat ofrece numerosos ejemplos de supuestas escaladas de tribu a Estado que cubren desde Asia, África y las islas del Pacífico hasta la periferia céltico-germana del Imperio romano. Pero reconoce, después de haber analizado la posición de Tácito acerca del modo en que Marobodus consiguió pasar de ser cacique confederado a alzarse como monarca, que éste no constituía un verdadero camino hacia el Estado: «Estos ecos de una realeza apenas incipiente en el reino germano ayudan a demostrar cuán delicada y cuán susceptible de desintegración tendía a ser la estructura de los primeros Estados»³⁵.

¿Actuaba la conquista como un catalizador inmediato en la formación de los Estados originarios o, por el contrario, ésta requería del establecimiento previo de un conjunto de relaciones pacíficas basadas en la extracción de excedente? Gat defiende que no hay necesidad alguna de establecer una dicotomía entre *Innenpolitik* y *Aussenpolitik* para explicar el surgimiento de los primerísimos Estados, probablemente por la misma razón que no reconoce que éstos planteen por sí mismos un problema específico. Si la formación de los Estados originarios era el resultado de una lógica evolutiva general que se desplegaba dondequiera que las condiciones lo permitiesen, no habría, desde luego, necesidad alguna de diferenciar los primeros Estados de los Estados secundarios que se formaban a partir de su conquista o por imitación de los primeros. Gat sostiene que estas distinciones no deberían establecerse de manera definitiva, puesto que, tras el advenimiento de los primeros Estados, nuevos Estados fueron estableciéndose a menudo mediante la conquista. Pero el hecho de planear en torno a la cuestión de los orígenes hace imposible registrar cuán contraria a la naturaleza resulta la organización territorial del Estado, dada la radical quiebra con respecto a las formas precedentes de comunidad que

³⁵ *Ibid.*, p. 244.

ésta supone; o incluso, a ese respecto, determinar el papel que desempeñó la violencia en sus comienzos. El estudio comparado sobre estos comienzos realizado por Otterbein sugiere, por el contrario, que la llegada de la guerra a una región de pacíficos agricultores podía hacer inviable el desarrollo del Estado, «del mismo modo que el viento de El Niño soplando de oeste a este estraga la creación de un incipiente huracán»³⁶. Aunque la formación temprana de Estados no fue en medida alguna pacífica, podría decirse que el bloque dominante emergente necesitaba verse libre de amenazas externas para llegar a romper el viejo contrato social. En este punto, otra dicotomía –siempre problemática– entre la guerra y otro tipo de formas de coerción dirigidas a los sujetos que no eran enemigos, tendría que haber sido debidamente establecida.

En *The Sources of Social Power* Michael Mann formulaba los problemas nucleares en torno a los cuales pivotaban los orígenes antiguos de la civilización basada en la organización estatal. En primer lugar, «¿cómo llegaron ciertos individuos a adquirir un poder permanente sobre las oportunidades materiales de la vida de otros individuos, otorgándose de paso la potestad de adquirir propiedades que ponían potencialmente en peligro la subsistencia de los demás?» Y en segundo, «¿cómo llegó la autoridad social a residir de manera permanente en poderes coercitivos, centralizados y monopolísticos dentro del contexto de Estados territorialmente definidos?»³⁷. Al enfrentarse a estos problemas, la sociología histórica weberiana de Mann reformula paralelamente el enigma al que apuntaba el *Discurso sobre el origen de la desigualdad de los hombres*: ¿cómo llegó a alcanzarse el consenso con respecto a esta desigualdad, o cómo pudo llegar a superarse la ausencia del mismo? Mann señala que, mientras el salto a la agricultura y el surgimiento de sociedades basadas en el rango se produjeron de manera independiente en muchos lugares, el salto a la creación de Estados basados en la apropiación del excedente se dio de manera muy ocasional en el ámbito autóctono, en la medida en que presuponía la formación de una autoridad cuasi pública muy difícil de alcanzar y, en ocasiones, incluso de concebir: «El movimiento hacia una autoridad política basada en el rango era endémica pero revocable. Más allá de estos límites nada podía sostenerse»³⁸. Por lo que a Gat respecta, si la sociedad naciente era una jaula, alguien se había encargado de dejar sus puertas abiertas, puesto que sus miembros todavía podían rebelarse o emprender la fuga. ¿Cuáles eran en ese caso las circunstancias específicas en las que los seres humanos fueron enjaulados, permitiendo que ciertas concentraciones de poder traspasaran el umbral crítico pero sin provocar no obstante el éxodo? De acuerdo con Mann, no es sino en los campos de aluvión fertilizados de manera natural –valles de ríos, orillas de lagos y deltas encenagados sometidos a inundaciones– donde los seres humanos eligieron no

³⁶ K. Otterbein, *How War Began*, cit., p. 96.

³⁷ M. Mann, *The Sources of Social Power*, cit., p. 49.

³⁸ *Ibid.*, p. 67.

escapar de la jaula sino luchar por lo poco que les correspondía, incluso cuando otros comenzaban a vivir a sus expensas.

La posición de Gat ignora las enmiendas y añadidos posteriores de la organización estatal, y posiblemente no porque éstos posean una importancia menos decisiva. Con su implacable énfasis en lo agonal, *War in Human Civilization* apenas menciona el papel que desempeñó la escritura en la consolidación del nuevo orden público y las posibilidades de organización sin precedentes a las que este avance abrió paso al introducir una comunicación basada en clasificaciones abstractas y desvinculadas de contextos específicos. El libro tiene un papel considerablemente limitado en este relato del arado y la espada. Pero con la posible excepción del reino inca, la escritura fue, de hecho, un instrumento indispensable para que se produjera la cristalización de la autoridad en los Estados nacientes de todas las zonas donde éstos surgieron por vez primera, aunque desde allí se diseminase con frecuencia por las periferias de dichas civilizaciones, en las que el Estado se hallaba sin embargo totalmente ausente. Quizá el motivo por el que Gat resta importancia al papel de la escritura responda al propósito de evitar que la atención se aleje de los viriles hombres armados en dirección a las más ascéticas vidas de los escribas y de los sacerdotes, hombres que tan escasamente contribuyeron a la propagación de la raza. La autoridad espiritual de «quienes poseen súbditos pero no los gobiernan» por medio de las armas se hace inexplicable³⁹.

Una peculiaridad sintomática de *War in Human Civilization* consiste en su exclusión de la dimensión de significado –y en consecuencia también de legitimidad– de su explicación de la historia humana. Las ideas y los ideales, asegura Gat, son importantes en «la formación de la identidad», pero sus significados son poco más que «ilusiones necesarias», y más allá de reforzar las lógicas de rigor desempeñan un papel independiente limitado. Conforme el relato se va alejando de sus inicios homínidos, la cultura va soltando amarras con respecto al estado de naturaleza biológico, y la teoría evolucionista de Gat se pierde en una jerga sin fuerza que es capaz de mantener únicamente una apariencia de continuidad entre ambos: «Las formas de poder fluyen y se traspasan de unas a otras, o por decirlo de un modo menos propenso a la reificación, quienes ostentan el poder hacen que éste circule a fin de protegerlo y de expandirlo sobre otros objetos, al tiempo que va ganando apoyo y sujetando más fuertemente las riendas en los múltiples niveles del poder»⁴⁰. Tales pasajes están de acuerdo con el sentido común, tanto del ala foucaultiana como del ala más positivista de la academia contemporánea; ejemplos de nociones tautológicas del poder pueden hallarse en uno y otro bando. ¿Qué otras podrían ser, si no, las consecuencias de esta historia del género humano? En una obra de tan universal ambición, Gat elude sin más la temática weberiana de las religiones. Pero incluso en el caso de que la religión nunca llegue a aliviar el sufrimiento humano, por

³⁹ Nicolás de Maquiavelo, *The Prince*, Chicago, 1998, Capítulo XI, p. 135.

⁴⁰ A. Gat, *War in Human Civilization*, cit., p. 234.

oposición a la mera interpretación, su presencia conspicua en forma de organizaciones y de sistemas de sentido en las superestructuras de la civilización hace que resulte drásticamente no plausible reducir la sociedad a las lógicas político-militares tal como Gat pretende.

Hordas a las puertas

La historia de Gat deja a un lado las formas de gobierno más tempranas de Sumer, aquellas que se asentaban en torno a un templo, para pasar directamente a la época marcial de la realeza, cuyo origen se sitúa a comienzos del tercer milenio, cuando las ciudades-Estado de Sumer fueron conquistadas por jefes de infantería tales como Sargón de Akkad, «cuyo padre había pasado la vida en tiendas de campaña». Gat se inspira libremente en *Guns, Germs and Steel* de Diamond para seguir la pista de los orígenes y de las consecuencias de esta bifurcación entre granjeros y pastores que tuvo lugar en el seno de las sociedades neolíticas. En el suroeste de Asia, los terrenos situados entre las tierras fértiles y las tierras áridas fueron ocupados por pueblos que practicaban una mezcla de agricultura rudimentaria y de ganadería elemental, tales como pastores de ovejas tardíos, forajidos y fugitivos de los márgenes de Canaán, los *habiru* o hebreos. Es en la dialéctica posterior entre las civilizaciones agrarias de Eurasia y las legiones dedicadas a la ganadería, y más tarde nómadas, que deambulaban en torno a sus fronteras, donde las innovaciones militares llegan a desempeñar un papel determinante. En su trato con las civilizaciones agrarias, fueron los pastores quienes con frecuencia actuaron como inventores. La doma de caballos y la rueda surgieron por vez primera en la gran estepa que —con un territorio de más de 11.000 kilómetros de ancho y 24.000 de ancho— se extendía desde Ucrania hasta Mongolia. Más tarde, la doma de équidos de mayor tamaño hizo posible que la caballería fuese introducida en la Eurasia occidental en el 900 a.C., llegando a China cinco siglos más tarde durante el periodo de los Reinos Combatientes.

El relato de Gat sobre el papel de la violencia en la Historia comienza a asumir a partir de este momento una lógica específicamente militar, en la que los Estados e imperios de toda Eurasia surgen y decaen, al tiempo que el péndulo de la superioridad militar oscila entre la caballería y la infantería, desde la Asiria del siglo IX a.C. hasta las falanges suizas del siglo XV. Es aquí donde las opiniones militares del propio autor se ponen en acción. Aunque Gat desdibuja su posición hasta un extremo tal que se hace difícil determinar si éste piensa o no que la caballería llegó a constituir la rama militar más poderosa del oeste de la estepa, su opinión más ponderada parecía insinuar que era únicamente en terrenos de vastas llanuras escasamente pobladas donde los guerreros a caballo disfrutaban de una ventaja decisiva sobre las formaciones de infantería.

La supremacía medieval de los caballeros feudales constituyó una anomalía histórica que tocó a su fin con el término de la Edad Media, mientras

la flor de la caballería francesa era deshojada por los arcos ingleses y las lanzas suizas. La formación de combate de la falange inaugurada en la antigua Grecia fue el modelo preeminente de la guerra occidental desde Sumer hasta la República romana. A juicio de Gat, la falange constituía la expresión militar de los órdenes y modos cívicos característicos de Occidente. Las tácticas basadas en el combate cuerpo a cuerpo de la infantería se impusieron como norma durante la práctica totalidad de su historia, distinguiéndola del Este donde los soldados evitaban en todo lo posible el combate frontal. Incluso las últimas formas de caballería pesada europeas se inclinaban hacia las tácticas de combate cuerpo a cuerpo, marcando de este modo las distancias con respecto a las tácticas de proyectiles de la caballería ligera que imperaban tanto en el Próximo como en el Lejano Oriente. Pero estos modos contrapuestos se adaptaban no sólo a las diferentes estructuras y formas de autoridad de los pueblos de una y otra zona de Eurasia, sino que se acomodaban más directamente a los terrenos geográficos que subyacían a estas diferencias. Como consecuencia de ello, la expansión oriental chocó contra los límites de la costa opuesta del Egeo, y más tarde Kiev, mientras que la expansión occidental, antes del siglo XVIII, tocó a su fin justo al este del Levante, más o menos en el mismo lugar en que los arqueros de la caballería parta se apuntaron una victoria frente a las legiones de Craso en el 53 a.C. Dónde encajan los conquistadores musulmanes de España y de Sicilia o los caciques otomanos de los Balcanes en este relato no resulta del todo claro.

La ascensión de Occidente

El penúltimo tema de *War in Human Civilization* es la oposición entre Oriente y Occidente, más específicamente las causas de la abrumadora ascensión de Europa en los últimos tiempos. Entre las múltiples explicaciones de la excepcionalidad europea, que se han sucedido desde Maquiavelo hasta Weber, Gat se decanta por el determinismo geográfico de Montesquieu. El hecho de que Europa occidental no se viera expuesta a una vasta frontera esteparia de pastoreo —en contraste con Oriente Próximo, China y el norte de la India— fue lo que dio lugar a que su historia tomase una trayectoria diferente. La geografía se conjuró para prevenir la formación de un imperio continental, después del fracaso de la Pax Romana. En las franjas occidentales de Eurasia, la norma eran los sistemas geopolíticos de Estados guerreros. Pero el propio terreno europeo, y la forma de cultivo que éste originó, intensificaba esta aversión regional al despotismo imperial; la dispersa agricultura de secano de Europa occidental requería un trabajo menos intensivo y era más individualista que los sistema de explotación de regadío del este y del sur de Asia, cuyos campesinos tendían a ser, en consecuencia, más serviles que sus rudos homólogos occidentales.

Por más especulativas que resulten estas reflexiones, en el siglo XVIII las grandes potencias de la Europa preindustrial eran, según la mayor parte de los comentarios, militarmente superiores a los imperios regidos desde la Su-

blime Puerta, la Ciudad Prohibida o el Fuerte Rojo. ¿Fueron los siglos de competencia en la zona europea, formada por múltiples Estados, los que han potenciado la capacidad militar absolutista más allá incluso de los formidables niveles alcanzados por los imperios armados contemporáneos en el Próximo y el Lejano Oriente? Gat descarta sorprendentemente la pretensión de que el «milagro» europeo pueda ser explicado por una «revolución en los asuntos militares» a comienzos de la era moderna, pese a que éste es el punto al que uno esperaría que condujesen finalmente sus argumentos. No fueron, sostiene Gat, el desarrollo militar y el arte de la guerra sino más bien la magnitud de la base de recursos explotables lo que en definitiva determinó el resultado del conflicto intersocietal. ¿Puede entonces explicarse la tardía ascensión de Europa en términos de una revolución fiscal a comienzos de la era moderna? Después de todo, tantos siglos de incesante conflicto bélico entre las potencias europeas rivales parece que hubieran podido potenciar su poderío fiscal, permitiéndoles obtener de sus súbditos una tributación superior que la que fue posible para los gobernantes otomanos, manchúes o mogoles. Pero Gat rechaza también esta propuesta sobre la superioridad tributaria de los Estados europeos. La observación de Adam Smith de que nunca podría sostenerse más de un 1 por 100 de la población como soldados profesionales se mantiene cierta por igual para antiguos y modernos y para el Este y el Oeste. Las ocasionales incursiones del absolutismo europeo más allá de este límite acabaron en bancarrota.

Por el contrario, Gat en este punto desvía el énfasis de las armas al comercio como el factor que en último término distanció a Occidente del resto. No está claro qué pasó con nuestras «innatas» tendencias de comportamiento, no mencionadas desde hace tiempo. Una vez surgida en los comienzos de la historia de la civilización la genética de la agresión, la fuerza militar en sí misma decae en importancia y comienza a compartir el papel protagonista con el espíritu comercial, hasta ser superada por éste. Aquí, como en otros temas, Gat sigue los pasos de Herbert Spencer.

La gran transición

Pero, ¿qué diferencia a este sistema colonial y comercial con centro en Europa de los vastos y sofisticados mundos comerciales de las contemporáneas Asia oriental y meridional? Gat aporta el débil argumento de que los mercaderes asiáticos se veían obligados a emprender viajes de larga distancia por mar, como si el hecho de que sus materias primas y mercados se encontraran más lejos pudiera explicar la transición europea al capitalismo. En realidad, durante miles de años, la comercialización a lo largo de Eurasia se expandía y contraía de acuerdo con los ciclos de población mencionados por Malthus, la expresión agregada de la lógica ancestral de la subsistencia y reproducción campesina. Desde la remota antigüedad, la existencia de concentraciones urbanas de gobernantes y sus súbditos viviendo de los excedentes apropiados por medio de *corvée* [trabajo forzado], rentas y tributos, estimularon invariablemente la formación de vastas redes comerciales y je-

rarquías mercantiles, pero dejaron intacto e incluso reforzaron el estancamiento agrario de la base. Los excedentes que surtían la comercialización se detraían expoliando a cultivadores de nivel de subsistencia. Aunque en el sistema colonial y comercial euro-atlántico se verificaba una versión más desarrollada de esta simbiosis entre capital mercantil y coerción, no está en absoluto claro cómo hubieran podido los progresivos avances en esta misma línea remover el atrincheramiento de las comunidades campesinas de subsistencia, que confiaban en las parcelas de su propiedad para garantizarse un mínimo de seguridad alimentaria.

El capitalismo podría describirse como un dinámica completamente nueva de desarrollo económico que supera el conjunto de consecuencias malthusianas de la supervivencia campesina, al *imponer* la dependencia del mercado a todos aquellos que tienen que ganarse la vida, obligándoles a competir, especializarse e innovar, a consecuencia de lo cual se produce el incesante crecimiento de la productividad y la renta. Con el tiempo, esto lleva a una reducción gradual de la cantidad de gente necesaria para producir alimentos, desde el estándar neolítico del 80 al 90 por 100 hasta los porcentajes de un solo dígito del capitalismo actual. La trascendencia de la lógica de suma cero de la extracción coercitiva de excedentes a campesinos que viven de la exigua munificencia de la naturaleza es un punto trascendente de inflexión en el relato. La condición previa y a la vez la consecuencia de esta gran transformación es la eliminación de la coerción en el proceso de saqueo sistemático de los productos del trabajo de otros. «Sólo con la modernidad –en el momento mismo en que la capacidad de generar poder destructivo crecía exponencialmente debido al crecimiento de la productividad– podría comenzar a desatarse el lazo que unía fuerza y adquisición de riqueza»⁴¹. Pero Gat pertenece a esa gran mayoría de académicos contemporáneos que no han resuelto el problema de cómo se desata ese «lazo» en la práctica. La superioridad económica del capitalismo hace que parezca natural asumir que, cuando caen las barreras legales y políticas que pesaban sobre el comercio, despega el orden espontáneo del desarrollo económico. Éste es el relato que hace Adam Smith de cómo emergió la sociedad civil comercial, cuando los señores feudales, codiciosos de los bienes de lujo de lejanos países, despidieron a sus prolijos séquitos y economizaron en la administración de sus tierras con el fin de obtener dinero para esas bagatelas. Comerciantes emprendedores contrataron entonces a criados que estaban de más y a antiguos campesinos, y el gran ciclo virtuoso de trueque y permuta comenzó a lo grande.

Para Gat no existe desacuerdo esencial entre Adam Smith y Karl Marx con respecto al origen de esta condición social sin precedentes; un orden de cosas que parece relegar todos los demás modos de vida a estadios prehistóricos. Como Smith, «Marx sostenía que la economía capitalista de mercado difería de anteriores formas de organización social en que [...] su me-

⁴¹ *Ibid.*, p. 442.

cánica de obtención de recursos era predominantemente económica, en vez de estar basada directamente en el uso o amenaza de violencia»⁴². Pero, como deja bien claro el clásico ensayo de Robert Brenner sobre los orígenes agrarios del capitalismo, la desaparición de la explotación por medio de la fuerza —el escudo protector del feudalismo— no abre por sí misma el camino al desarrollo económico, ya que esto sucedió en toda la Europa occidental del continente en los siglos XIV y XV, y el resultado fue una libertad más o menos legal del campesinado que aprovechó la oportunidad de continuar con su modo tradicional de reproducción de subsistencia, sólo que ahora menos gravado por exacciones arbitrarias⁴³.

Tal como observó Marx en una ocasión, cuanto más natural parece ser la sociedad de mercado, más difícil se torna identificar el problema de la transición al capitalismo. A este respecto, Gat no va más allá de los planteamientos de sus contemporáneos que con frecuencia parecen considerarlo un modo de producción por defecto de la naturaleza. Pero, igual que en el caso del origen del Estado, el advenimiento del capitalismo no lo explica la mera eliminación de una serie de obstáculos a un curso espontáneo del desarrollo ya preexistente. En su historia comparativa de los regímenes de propiedad en la baja Edad Media y en el comienzo de la Edad Moderna, Brenner sostiene que sólo en Inglaterra este viejo candado malthusiano se rompió gracias a la anómala e involuntaria aparición de luchas de clase entre señor y campesino que facilitaron el camino a una primera acumulación de capital. Las formas feudales de coerción que sostenían los ingresos del señor se vinieron abajo, sin que los arrendatarios fueran capaces de asegurar aquel control legal de sus fincas que les hubiera permitido conseguir la seguridad alimentaria al viejo estilo. Surgió un sistema mutante, privando tanto al señor de la tierra como al arrendatario de un acceso a sus modos de subsistencia que no fuera a través del mercado, obligándoles a competir, especializarse e innovar. Cómo se extendió este proceso más allá de la moderna Inglaterra de los inicios, levanta toda una serie de nuevas controversias, pero, como pasa con los orígenes de la agricultura y del Estado, la aparición del capitalismo es un proceso que no puede explicarse por medio de la lógica de la evolución histórica de la subsistencia y la reproducción que conduce progresivamente a niveles más altos de «complejidad»⁴⁴.

El imperio de la libertad

War in Human Civilization se ocupa de estudiar el destino del conflicto militar en la era del capitalismo mundial, que comenzó, según la mayoría

⁴² *Ibid.*, p. 492.

⁴³ Robert Brenner, «The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism», *NLR* 1, 104 (julio-agosto 1977).

⁴⁴ Ni tampoco, por supuesto, han conformado los modernos proyectos revolucionarios de cambio social la dicotomía entre acción intencional dentro de un modo de producción, por un lado, y transiciones entre ellos que no son meramente no intencionales, sino procesos «sin sujeto», por otro.

de las opiniones, en el siglo xix. El agrio enjuiciamiento de Thomas Paine sobre esta situación histórica anticipa la conclusión de los liberales, de Constant a Bentham: «Si se permitiera actuar al comercio con la amplitud universal de que es capaz, extirparía el sistema de guerra»⁴⁵. El liberalismo clásico había surgido en el contexto de una larga suspensión de los conflictos entre Estados que se inició tras Waterloo. Las guerras revolucionarias e imperiales habían hecho realidad inadvertidamente el juicio crítico de Adam Smith sobre el viejo régimen de las guerras mercantilistas, acabando con él y convirtiendo de momento al Atlántico en el *mare nostrum* del capitalismo mundial centrado en Gran Bretaña. El número de guerras entre las grandes potencias disminuyó drásticamente después de 1815. Gat acomete la resolución de dos cuestiones de fondo en relación con la tendencia de la época iniciada al desanudarse «el lazo entre fuerza y adquisición de riqueza»: ¿cuál era la lógica geopolítica de la primera era del capitalismo mundial de mercado en términos de movilización de mano de obra y carrera armamentística? En segundo lugar, ¿por qué se vino abajo en el siglo xx la tendencia de pacificación del xix?

Con la aparición de la industrialización, los Estados modernos se hicieron más capaces de fomentar la riqueza de las naciones, a pesar de la separación entre las esferas pública y privada. A pesar del explosivo crecimiento de la productividad, Gat hace ver que un incremento simultáneo de los costes de mano de obra mantiene el límite del número de hombres armados detraídos a la producción en torno al clásico 1 por 100 en tiempos de paz. Pero en tiempo de guerra, podía ser llamado a las armas un absolutamente sin precedentes 9 por 100 de la población masculina. Esta pujanza de la capacidad militar permaneció en general latente a lo largo del siglo, pero la Guerra Civil estadounidense fue un trágico indicador de lo que habría de venir. La segunda revolución industrial estaba dando forma a las condiciones administrativas y económicas para las acometidas del próximo siglo hacia la movilización total. ¿Cuáles fueron los catalizadores geopolíticos que activaron este potencial? En opinión de Gat, cada revolución industrial, de la primera a la última, transformó radicalmente los sistemas armamentísticos obligando a los Estados a ajustar costes en las estructuras militares tradicionales y a efectuar cambios, políticamente controvertidos, en la orientación estratégica. J. F. C. Fuller, el teórico mosleyiano de la guerra de tanques, cuya obra tuvo un papel tan importante en la anterior *History of Military Thought* de Gat, manifiesta que el índice de innovación tecnológica ha alcanzado un punto tal que las fuerzas mejor armadas de la generación presente serían aplastadas en batalla abierta por un enemigo simplemente bien equipado de la próxima. Aparte de las masivas rapiñas territoriales de los colonizadores blancos, es discutible que la actividad militar predadora estuviera dejando de ser un medio efectivo de incrementar la riqueza nacional durante este periodo. No obstante, para las grandes potencias europeas el castigo por de-

⁴⁵ Citado en A. Gat, *War in Human Civilization*, cit., p. 510.

jarse llevar a la carrera armamentística que continúa desarrollándose aun en periodos de paz podría ser una sorpresa en forma de catástrofe, si por fin llegara a producirse el examen de la confrontación armada.

Gat acepta la conclusión de Lenin, según la cual décadas de capitalismo de libre mercado acaban en un escenario de rivalidades entre potencias imperialistas en torno a esferas de influencia monopolística. ¿Cuáles son sus valoraciones sobre los contendientes, poderes ideológicamente definidos, que surgieron de la carnicería de la Primera Guerra Mundial de la civilización industrial: comunismo, fascismo y democracia liberal? Gat demuestra una admirable imparcialidad al considerar las alternativas y rechaza las pretensiones de que la victoria de la última estaba prefijada. El comunismo fracasó porque sólo pudo dar una vez el salto adelante, sobre las espaldas de los campesinos colectivizados. Gat sugiere que las formas fascistas de capitalismo de Estado hubieran podido ser más viables, tan económicamente eficientes como la variante liberal del capitalismo, pero más comprometidas en maximizar la aptitud y crecimiento de la población. En opinión de Gat, hay buenas razones para pensar que el fascismo como régimen era una elección viable para sociedades capitalistas que se enfrentaran al colapso económico, amenazas extremas de seguridad y el declive de la población.

¿Por qué entonces logró el campo liberal democrático prevalecer de manera tan decisiva en la lucha por el poder mundial? Éste es el tema de una amplia ciencia política en Estados Unidos, de naturaleza básicamente auto-complaciente. Gat exhibe una fría indiferencia para con las devociones de este consenso incondicional. Las circunstancias que rodearon la entrada de Estados Unidos en ambas guerras mundiales no se adecúan a la lógica de una inevitable victoria liberal. Así como en 1914 los Estados liberales estaban aliados con la autocracia zarista, sin la que no hubieran tenido una oportunidad, en la Segunda Guerra Mundial la solución se consiguió gracias a la eventual alianza de los Estados anglosajones con la Unión Soviética. Gat sostiene que la tendencia de las democracias a aliarse con extraños sólo se convirtió en un factor geopolítico importante durante la Guerra Fría. En su opinión, la afirmación infinitamente repetida de que las democracias no van a la guerra con otras sólo resiste un análisis escéptico con dudosas reservas. Podría añadirse que, si la tesis sobre democracias liberales y guerra se limita a la época posterior a 1945, su importancia disminuye porque las armas nucleares finalmente neutralizaron todos los conflictos entre los Estados del núcleo industrializado: al fin y al cabo, durante la Guerra Fría tampoco hubo colisiones frontales entre los Estados comunistas y los democrático-liberales. En todo caso, antes, durante y después de la Guerra Fría, las democracias liberales persiguieron sin descanso estrategias realistas: «la cruda constatación de los hechos no parece apoyar una inclinación particularmente pacífica por parte de las democracias liberales»⁴⁶.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 572.

Tanto los líderes occidentales como sus seguidores tienen hoy muchas razones para felicitarse. Pero el clima de laxitud cultural en las democracias capitalistas y la colorida cosecha de victorias primero sobre el fascismo y luego sobre el comunismo tienen sus propios peligros, en opinión de Gat. La opulencia ha desembocado en progresiva aversión a la dureza y a la disciplina, del mismo modo que los agricultores y obreros de fábrica de antaño han dado paso hoy a un tipo de fuerza de trabajo en el sector de servicios más flojo y voluble. El declive de las tasas de nacimiento, el envejecimiento de la población y la constante erosión del patriarcado han pacificado sociedades guiadas antes por la testosterona. La conclusión de *War in Human Civilization* parece ser que la fase más avanzada de la civilización ha desplazado las razones evolutivas de la guerra: «la vehemencia imprudente [...] no parece en modo alguno haber desaparecido en las emergentes sociedades democrático-liberales, de hedonismo consumista, que se desarrollaron tras la Segunda Guerra Mundial»⁴⁷. El declive de la belicosidad ha planteado un reto a las potencias guardianes del capitalismo occidental, y los líderes estadounidenses tienen que desarrollar una nueva modalidad de guerra en consonancia con las características sociales contemporáneas. Gat sugiere que el ejemplo de Liddell Hart, pionero de una orientación estratégica flexible para el Imperio británico de entreguerras, podría ser hoy una guía para sus homónimos estadounidenses, históricamente propensos a la oscilación entre el aislamiento y la sobreexpansión. Las doctrinas de contención –coexistencia armada, imperialismo de Estados clientes, regímenes sancionadores, propaganda– son los elementos de una fórmula no superada de hegemonía para imperios posmilitaristas.

Las guerras del futuro

Ha habido tres periodos de paz en el núcleo de las sociedades avanzadas desde comienzos del siglo XIX: entre 1815 y 1854, entre 1871 y 1914 y desde 1945 hasta el presente. ¿Qué nos reserva el futuro? Gat parece dar poco valor a la idea de que los terroristas pudieran infligir un gran daño a las sociedades occidentales o desestabilizarlas por medio de represalias desproporcionadas. En un esquema a gran escala, los islamistas parecen tener una pequeña repercusión: «no representan un modelo alternativo para el futuro y no plantean riesgos militares para el mundo democrático-liberal desarrollado como pasó con los poderes fascistas, que se contaban entre las sociedades más fuertes y más avanzadas»⁴⁸. Los ataques del 11-S podrían casi relativizarse; después de todo, en proporción a la población, las pérdidas mortales causadas por esas espectaculares acciones equivaldrían nada más que a un número de cuarenta muertos israelíes, no mucho para un pueblo acostumbrado a tales sucesos. Pero preocupándose poco de la congruencia, Gat manifiesta después sus opiniones sobre

⁴⁷ *Ibid.*, p. 600.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 644.

este «horror sin precedentes» en tonos más familiares: «los ataques de megaterrorismo del 11-S constituyen un hito en la historia y en el desarrollo de la violencia humana a gran escala», etcétera.⁴⁹

Exabruptos como éstos parecen discordantes y fuera de lugar en una obra que se precia de ser –y por lo general lo es– firme e imparcial. Con el fin de darles una apariencia de peso, Gat presenta el escenario habitual de terroristas pertrechados con armas de destrucción masiva, pero sólo puede aportar la atroz secta Aum Shinrikyo [Verdad Suprema] de Japón. La congruencia exige una mayor matización de su marco teórico sugiriendo una forma de desarrollo evolutivo neosocial combinado y desigual: mientras la agresión masculina puede haber sido superada en los ambientes de opulencia de las democracias liberales, sus detonantes pueden todavía encontrarse en abundancia, y en Oriente existe una religión extraordinariamente apta para activarlos. Ante estos «superpoderosos hombres airados», la disuasión será difícil: pero lo más importante, desde una perspectiva occidental, es no dejarse provocar por campañas de desestabilización.

Las nubes de tormenta sobre la vieja cuna de la civilización muestran un problema estratégico más amplio al que los Estados occidentales han tenido que enfrentarse desde el final de la Segunda Guerra Mundial y que es improbable que subsista si se adopta una política de disuasión más prudente. ¿Por qué los Estados liberales, victoriosos tanto sobre el fascismo como sobre el comunismo, han fracasado con tanta frecuencia a la hora de salir airosos de conflictos desiguales en la periferia subdesarrollada del sistema mundial? La propia descolonización fue la primera expresión de este problema, aunque fuera en gran medida manejable. Si bien la expansión colonial europea anexionó vastos territorios y grandes poblaciones al núcleo capitalista moderno, en opinión de Gat mucho de lo conquistado tenía poca importancia tanto económica como estratégica, y por eso fue fácil renunciar a ello. Su descripción de la relación de Estados Unidos con los restantes que sí tenían valor es admirablemente clara:

Países que han emprendido con éxito la industrialización, como los de Asia oriental, fueron absorbidos por la economía global capitalista (incluso a pesar de desarrollarse con frecuencia detrás de muros de protección) mientras eran protegidos por el poder militar occidental. Por otro lado, los países poseedores de materias primas de interés crítico, en especial los Estados productores de petróleo del Golfo Pérsico, fueron protegidos de manera similar, mientras se fomentaba su estabilidad interior mediante las técnicas del imperialismo informal⁵⁰.

Uno de los principales problemas geopolíticos a los que se enfrenta el sistema mundial centrado en torno a Estados Unidos es la carencia de opcio-

⁴⁹ *Ibid.*, p. 637.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 561.

nes militares viables en caso de deserción de uno de esos clientes cruciales, ya que, en opinión de Gat, es improbable que la población occidental actual tuviera estómago para pacificar rebeliones utilizando una fuerza aplastante, incluso en la penumbra de una cobertura disimulada. Mientras los grandes arsenales de la civilización ya no pueden usarse uno contra otro sin el riesgo de la destrucción mutua, los recientes desarrollos confirman una tendencia a largo plazo que descubre los límites del uso directo de la fuerza militar contra una fuerza de resistencia irregular y desigual. La denominada revolución de los asuntos militares ha creado el espejismo que ha hecho que los responsables políticos estadounidenses piensen que podrían revertir el legado de la descolonización, siendo el centro de un nacionalismo típico del siglo xx. Gat muestra cierto escepticismo convencional con respecto a la sabiduría de los intentos de Estados Unidos de «exportar democracia» a clientes molestos y Estados fracasados, situados dentro del contexto de proyectos humanitarios: «Wilson y sus sucesores descubrieron con sus esfuerzos fallidos para establecer la democracia por medio de la intervención, incluso la militar —en México, República Dominicana, Haití, Nicaragua, Costa Rica y Guatemala—, que ni todos desean la democracia, ni ésta es incondicionalmente sostenible».⁵¹

Dado que es difícil creer que tales afirmaciones puedan atribuirse a la ingenuidad de Gat, habría que asumir que constituyen las opiniones de un intelectual de la política que está tomando el pulso al *establishment* estadounidense y europeo que se ve sacudido por el «unilateralismo», pero que confía en que, venga lo que venga, siempre son otros los responsables de la violencia y la miseria que impiden que la civilización se extienda⁵². En las conclusiones de *War in Human Civilization*, Gat sugiere que, tras un breve periodo posterior a la pacificación de la Guerra Fría, podemos tener por delante un tiempo de problemas. No puede descartarse la posibilidad de una recesión e incluso un colapso económico mundial. La rapidez con la que se desploman las fortunas en el neoliberalismo podría animar a Estados y movimientos a separarse del mercado mundial y construir regiones económicamente autónomas. En un artículo reciente en *Foreign Affairs*, Gat sugiere que, si se dan esos supuestos, quedará claro que la principal amenaza geopolítica para Occidente no es ni el terrorismo salafista ni la República Islámica de Irán, sino el capitalismo autoritario de la emergente China o de la Rusia en decadencia⁵³. En cualquier caso, los grandes arsenales de Occidente corren peligro de volverse obsoletos en un tiempo cercano. Otra cuestión es en qué medida van a ser efectivos para promover *la mission civilisatrice* en los diversos campos de batalla de este planeta de ciudades miseria.

⁵¹ *Ibid.*, p. 652.

⁵² El autor pertenece a la generación de israelíes que, después de Oslo, ha llegado a aceptar los duros hechos de la vida.

⁵³ «The Return of Authoritarian Great Powers», *Foreign Affairs* (julio-agosto 2007).

¿Posnaturaleza?

La crónica darwinista neosocial de Gat finalmente concluye, como su anterior historia intelectual, en el terreno anodino del periodismo y los estudios políticos. La evidente aversión del autor hacia los pronósticos históricos lo confina a los límites de un futuro muy cercano, dado que esta epopeya del curso ciego de la naturaleza tiene que vacilar y dar marcha atrás ante el comienzo de la civilización biotecnológica o, alternativamente, de la barbarie. Naturalmente, incluso dado que tales transformaciones invalidan los argumentos a favor del determinismo genético, aquellos que experimentan esa progresiva plasticidad de la naturaleza puede que se apunten a reificar sus nociones con el mayor énfasis. El peligro es que la desmesura del hombre contemporáneo, al contrario que sus racistas predecesores de los siglos XIX y XX, busca un entendimiento tecnocientífico efectivo y el control de los códigos de la vida. Como resultado de ello, es concebible que la vuelta ideológica del capitalismo hacia la naturaleza pueda comenzar a cristalizar en algo real. En este contexto otras tradiciones de pensamiento van a probar que son de mayor utilidad a la hora de pensar sobre las alternativas a lo que la evolución «espontánea» de la civilización nos tiene reservado. ¿Cuál es el futuro de la desigualdad, la comunidad, la procreación y la violencia en esta última fase de la segunda naturaleza? Son preguntas dignas de un tardío Rousseau.



ÍNDICE

PREFACIO

PARTE PRIMERA

Un cervatillo en el sillón de Pablo Iglesias

La oposición tranquila

La maldición de Madrid y el año de la pancarta

La campaña de ZP

El 11-M visto desde Ferraz

PARTE SEGUNDA

Bienvenido a La Moncloa

Gobernando que es gerundio

Las «maragalladas» y el *Estatut*

Una crisis que se llama José Bono

Los inescrutables caminos de la paz

El entierro de Bambi

ÍNDICE DE NOMBRES

www.akal.com